



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 12. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Marzo 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Palmaseda.—Pata de moda.—Peinador-bata.—Cuello y corbata bordada.—Camisón con cuello alto.—Fichú para teatro.—Peinado Liria.—Peinado Susana.—Zapatilla bordada en piel.—Adorno para cofia de mañana.—Gorro para hombre.—Limosnera bordada.—Pañuelo de encaje irlandés y tul.—Corbata de moda.—Ahuecador de pluma.—Pantalla bordada.—Caja para carretes.—Diferentes flecos para corbatas y abrigos.—Dos taburetes bordados para cuarto de tocador.—Di-

bujo de tapicería.—Potones de novedad.—Antimacasar de encaje y bordado.—Cenefas de aplicación, cadeneta y guipure.—LITERATURA: Jerusalem, por Robustiana Armiño de Cuesta.—Consumatum est, poesía, por J. F. Abascal.—De Madrid a Lisboa, por Nicolás Iñaz y Pérez.—Semana santa: Viernes, por Bernardo Aparicio.—Un elijan conyugal, por Salvador María de Fábregues.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Conocimientos útiles.—Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. BOTON PARA TRAJES Ó ABRIGOS.

Puede ser bordado ó pintado, forrando un molde con la tela bordada y sujetándole á un segundo boton de madera ó nácar. Si prefiere pintarse en la pasta, puede ponerse una flor ó la cifra.



1. Boton bordado ó pintado.

3 Y 5. ANTIMACASAR DE ENCAJE Y BORDADO.

(Dibujo: en el pliego del 18 de Marzo, figs. 17 y 18).

Materiales: Tela fina, cinta de encaje, hilo de color y blanco de lino.

Compónese este modelo de cuadros alternados bordados á punto ruso con encarnado y cuadros de encaje irlandés: la cenefa, de 9 cents. de ancha, es una tira bordada que repite el dibujo de los cuadros, rodeada de una puntilla de medallones. Los núms. 3 y 5 ofrecen diferentes calados de esta misma labor; el núm. 3 un bordado sobre malla por si quieren substituirse cuadros de este género, y el núm. 5 un calado de encaje irlandés, que denota el modo de unir las diferentes partes de un dibujo. Cada cuadro de encaje ó de bordado va orillado de una cinta de encaje que sirve para unir los cuadros á punto.

6. CENEFA DE APLICACION.

Es una trencilla blanca y negra, sujeta sobre una tira de percal ó de paño con bordado ruso en uno ó más colores: sirve para trajes de niños ó batas de señora.

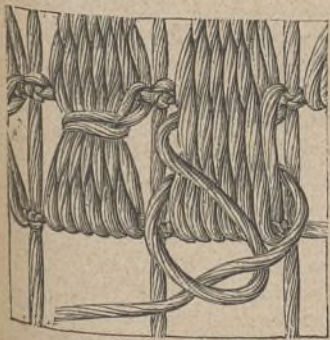
7. PUNTILLA DE GUIPURE.

Para la ejecucion de esta puntilla debe tenerse á la vista el modelo núm. 5, que indica el modo de unir las cintas por medio de calenetas: puede hacerse en blanco y en negro. Los picots que adornan las cadenetas se hacen con auxilio de alfileres.

8 A 10. CUELLOS Y CORBATAS.

(Patrones: pliego del 18, número III, figs. 12 á 15).

Estos modelos representan dos cuellos vueltos con corbatas anudadas, y van cerrados por dos botones unidos por cadena que adornan.



4. Fondo de guipure para el núm. 3.

nan ademas el cuello. Para estas corbatas se emplea generalmente faya muy suelta ó sarga sencilla.

El núm. 8 es un cuello vuelto que baja algo escotado, y cuyo patron ofrece el pliego de patrones: el escote lleva un pequeño puño, al que se pega el cuello plegado, que es una tira al hilo de 80 cents. de larga por 5 1/2 de ancha, algo nesgada de las puntas para que estreche el cuello por delante. El cuello se cose entre las dos telas del puño y se cierra con dos botones unidos por cadena, que cruza sobre el nudo de la corbata.

El núm. 9 es alto, con las puntillas vueltas, y ofrece igualmente el patron el pliego de patrones: es de holanda ó nan-zouk, con dos pespuntos al rededor, y va cerrado con los botones y cadena. El bordado de la corbata le muestra el número 10.



2. Revés del boton núm. 1.

11. ZAPATILLA DE SEÑORA.

(Patron y dibujo: en el pliego de patrones del 18 de Marzo, núm. VI, fig. 21).

El pliego da el patron del empeine, en el cual va marcado el dibujo: se corta este de seda y se aplica sobre la piel, cosiendo los bordes con soutache de oro; tambien puede ser al contrario, el dibujo de cabritilla aplicado sobre raso. Un rizado de cinta del mismo color guarnece la zapatilla.

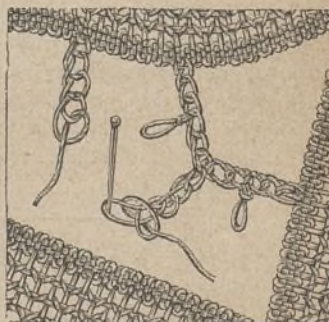
12. PANTALLA.

(Dibujo: en el pliego del 18 de Marzo, fig. 26).

Un cuadro de raso negro de 25 centímetros forma el fondo de esta labor, bordado luego á cadeneta y punto de contorno con seda marron de tres tonos: el dibujo ofrece algo más de la octava parte de la cenefa, y el centro de la pantalla le forma un pájaro recortado en cretona y aplicado sobre el el raso. Por detras va forrada la pantalla de tafetan verde y un cordón cruzado sujeta este cuadro á la armadura de junco barnizado de negro ó de color de bronce: el pié es de madera negra y bruñida.

13. PEINADO PARA TEATRO.

Abrese raya al lado y se levantan los cabellos de adelante sobre un molde en figura de corona, dejando caer sortijillas á la frente: el resto del cabello forma lazadas.



5. Fondo de guipure para el núm. 3.

3. Antimacasar de encaje y bordado. (Véanse los núms. 4 y 5). (Contornos del bordado: pliego del 18 de Marzo, figs. 27 y 28).

al rededor de la cabeza, terminando el peinado una moña con tirabuzones deshechos y sujetos por un lazo: chaleco de terciopelo, chorrera de muselina plegada y collar de perlas.

14 Y 15. PEINADOS LIVIA Y SUSANA Y FICHÚ PARA TEATRO.

El peinado son bandés en corona, separados por cintas de terciopelo, que se reúnen por detras en un lazo. El fichú son dos tiras de tul de 70 cents. de largo y cosidas en punta para la mitad de la espalda. El núm. 15 presenta el rizado de tul que adorna el fichú, y necesita una tira de 4 1/2 cents. de ancha cortada á ondas y terminada por piquillo de encaje. El biés de tul que sujeta el rizado va adornado de cuentas y clavos de cristal ó ágachache.

16. CENEFA BORDADA A CADENETA.

Sobre cachemir se borda con seda de su color, pudiendo servir para adornar trajes de niños.

17. GORRO PARA CABALLERO.

(Patron y dibujo: en el pliego del 18 de Marzo, número V, figs. 18 á 20).

Es de terciopelo ó cachemir negro, forrado de tul de armar y seda negra, y el dibujo se borda á punto de cadeneta ó de contorno, perfilado de oro.

18. ADORNO PARA GORRA DE SEÑORA.

Es una guirnalda de cintas y encaje que no hay más que colocarla sobre un fondo-relecilla de muselina: este sistema favorece mucho para el lavado de la gorra, porque se quita el adorno entero y se vuelve á colocar.

19. CAJA PARA CARRETES.

Este modelo contiene dos cajas, una con seis carretes pasados por alambre grueso y con agujeros repartidos por la pared de la caja para sacar las puntas de los hilos sin quitar de su sitio los carretes: la otra lleva igualmente cinco ó seis carretes con cintas devanadas, todos pasados por un cilindro, saliendo las puntas de las cintas por una abertura de la caja. Este género de cajas se encuentran en piel de Rusia ó de madera, que puede adornarse de pintura silueta: tambien se puede vestir de tela con un bordado ligero.

20. AHUECADOR DE PLUMA.

(Patron: en el pliego del 18 de Marzo, núm. IV, figuras 16 y 17).

Compónese de dos partes reunidas por el borde superior, cuya figura ofrece el patron cortando la parte de debajo un centímetro más pequeña alrededor: otra almohadilla igual, pero más pequeña para encima, se corta por el mismo sistema, y antes de rellenarlas de pluma se hace un doble respunte alrededor. Se unen las dos almohadillas con una costura, y con cintas se sujeta al talle.

21. PAÑUELO DE ENCAJE IRLANDÉS.

Después de trazar los contornos del encaje sobre percalina verde, se hilvana esta sobre hule, y se hilvana después el tul sobre la percalina. Cinco cintas de encaje de diferentes dibujos entran en la ejecución de este pañuelo, que se cosen al tul á punto de dobladillo con hilo muy fino: únicamente en los sitios en que el tul se ha de recortar debajo de la cinta, se refuerza esta con cordoncillo. El mismo punto se emplea para hacer los troncos, cosiendo después el centro de batista á feston ó punto de cordoncillo muy doble. Cinta de medallones sirve para formar los ramos.

22 Y 23. BATA-PEINADOR.

Puede cortarse este gracioso modelo con pliegue Watteau ó sin él. El grab. 23, que lo muestra por delante, es de tela escocesa, guarnecido todo alrededor con un bullonado de cachemir azul con vivos y botones azules. El grabado 22, que lo muestra por la espalda, es de lana gris. El bajo de la falda, que dibuja cola, va guarnecido por delante con un plegado de la tela, de 30 cents. de altura. Cuello, mangas y bolsillo adornados con bieses y un plegado más estrecho.

24. LIMOSNERA.

Bordado á punto de feston.

(Patron y contornos del bordado: en el pliego que acompaña al núm. 11 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Marzo, núm. VII, figura 22).

Sin las bridas puede servir de bolsa para la labor.

Nuestro lindo modelo es de tela cruda con trasparente de tafetan azul.

Los contornos del bordado á feston están trazados en el pliego indicado, fig. 22, por cuyo patron se corta la parte de atras con la cartera que vuelve. Después de haberse hecho el bordado, exceptuados los festones exteriores y haber recortado la tela en los sitios marcados, se forra cada mitad por separado, reuniéndose luego ambas por los festones que terminan la limosnera todo alrededor.

El trasparente de tafetan azul hace sobresalir el bordado. Este descansa sobre dos órdenes de fleco, uno de lana gris de 5 cents. de largo, el otro de seda azul de la mitad de este largo. Un boton cubierto de tela gris y una presilla cierran la limosnera. Las bridas, de cinta de tafetan azul, tienen 5 cents. de ancho.

25 A 27. FLECOS PARA CORBATAS Y ABRIGOS.

Aunque este trabajo parezca á primera vista muy complicado, no lo es más que los de otros flecos, cuyos modelos y explicaciones hemos dado en números anteriores. Por lo demás, el grabado 26 de tamaño natural, y el 27 que presenta la labor á medio hacer, explican bastante su ejecución.

28 A 30. DOS POUFS BORDADOS PARA CUARTO DE TOCADOR.

(Contornos del bordado: pliego que acompaña al número 11 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Marzo).

La parte que forma el asiento, consiste en una cubierta móvil, que se quita á voluntad, para guardar en el fondo, que es una canastilla, los objetos de tocador. Ambos poufs, que solo difieren en su adorno, tienen 37 cents. de altura por 143 de circunferencia. La parte inferior está cubierta de un tejido de lana; lona ó percal, cuyo color armonice con el bordado de la tapa (asiento).

El modelo núm. 28 tiene el borde de lana azul capitonado (9 cents. de altura), y el centro lo constituye un bordado de tapicería con colores vivos. Un rizado de cinta azul oculta todo alrededor los bordes de la tapicería.

Recomendamos para este bordado el modelo típico representado en el grabado 29.

La parte inferior del pouf está cubierta con reps de lana azul, plegado á tablas de arriba abajo (Véase grabado 28).

El modelo grabado núm. 30 lleva un bordado á feston hecho sobre tela cruda, cuyos contornos se hallarán en la fig. 23 del pliego que acompaña al núm. 11 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Marzo. Se recorta con cuidado la tela, siguiendo la parte interior de las ondas después de haber hecho las barretas guipure, que consisten en hebras de seda contorneada, y que unen entre sí las diferentes partes del dibujo. Para el trasparente del centro, siendo el dibujo calado, pueden aprovecharse diferentes retales de seda, formando con ellos un mosaico en el cual se armonicen bien los colores. El trasparente en el cual se armonicen bien los colores. El trasparente de la cenefa que rodea el asiento y de la que ciñe por la mitad la parte inferior, consiste en una tira de tafetan azul. Un fleco anudado de seda cruda representado en el grabado 31, completa el adorno de la tapa (asiento). El resto del pouf va cubierto con bullonados de tela cruda.

JOAQUINA BALMASEDA.



JERUSALEN.

Los días se suceden con rapidez; apenas el recuerdo de los alegres bailes de Carnaval se ha hundido entre el murmullo de la oración y de la ceniza, cuando ya se acerca la Semana Santa, la que en un corto número de días nos ofrece la representación de un misterio el más augusto, del sacrificio más sublime que ha tenido lugar desde la creación del mundo.

¿Con qué indiferencia contempla la generación actual ese remedo de la Pasión del Dios-Hombre!

¿Con qué frialdad leemos las sublimes y trágicas descripciones que nos han legado las plumas de oro de los Evangelistas! ¿Es posible que esta generación entusiasta, que se identifica con los personajes de un drama, que llora con ellos y con ellos rie, pueda leer con serenidad las sangrientas páginas que forman el último y brillante período de la vida del Salvador? ¿Es posible que se sigan

paso á paso los tormentos y las agonías de aquel Sér, hasta verle clavado en la cumbre del Gólgota, como la misteriosa serpiente de bronce que alzó Moisés en el desierto para la salvación del pueblo hebreo, y que nuestros ojos no viertan una lágrima de dolor y de arrepentimiento al contemplar tanto amor y tan grande abnegación?

¡Piedad sincera! ¡Fervor de los primeros cristianos que brillábais como un faro celeste! ¡por qué os habeis extinguido, dejándonos sepultados en las tinieblas de la frialdad y de la indiferencia?

Pero si bien el materialismo, que poco á poco ha invadido los corazones, secando en ellos la sincera fé de los tiempos primitivos, arranca á mi espíritu las desoladoras reflexiones que anteceden, existen todavía corazones, almas verdaderamente apasionadas, espíritus valientes como los de Chateaubriand y Lamartine, que han sabido arrostrar toda clase de peligros por llegar á la tumba del Redentor, por llorar sobre aquella divina tragedia y legarnos después sus páginas impregnadas de las dulces inspiraciones que brotaron como una flor celeste bajo las bóvedas del Santo Sepulcro y del Calvario.

Alentados con sus excelentes descripciones, iluminados por su inimitable itinerario, vamos á trasportarnos por un momento á los Santos Lugares, cuna de nuestra redención, y á señalarlos, aunque con la rapidez que nos exigen los estrechos límites de un periódico, los principales monumentos en que tuvieron lugar los acontecimientos más notables de la vida del Salvador.

Jerusalén, la ciudad Santa, situada en Palestina, á doce leguas del Mediterráneo, no es como han dicho muchos, una ciudad desierta, sombría y cubierta de ruinas, sobre las que se levantan aquí y allí algunas tiendas de árabes beduinos.

Jerusalén, decorada con murallas fuertes y almenadas, en las que no falta una sola tronera, con sus casas de piedra, cubiertas de terrados y sus mil cúpulas doradas por el hermoso sol de Oriente, presenta á los ojos del viajero que la saluda por primera vez, un aspecto noble y brillante que se graba en el alma para siempre.

Al Oriente de la ciudad se levanta sobre las ruinas del templo de Salomón la gran mezquita, que cuenta quinientos pasos de Norte á Sud y cuatrocientos de Oriente á Occidente, cuya entrada está prohibida á los cristianos á pesar de que en Jerusalén existen quince iglesias de diferentes comuniones.

El Santo Cenáculo es hoy tambien otra iglesia, cuya entrada les está prohibida, y á su lado se ven en pie algunos restos de las vetustas paredes de la casa donde la Santa Virgen permaneció hasta la hora de la muerte.

El jardín de las Olivas, ó Monte Olivete, está situado fuera del muro, entre la puerta Dorada y la puerta de San Estéban; los religiosos misioneros que consagran incansablemente su vida al cuidado de aquellos Santos Lugares, han adquirido este célebre huerto, cercándole después con una muralla de piedra.

Hacia el lado del Mediodía del jardín se ve tambien cercado con una murallita de piedra, el sitio donde prendieron á Jesús, que es un espacio de solos siete piés de largo por dos de ancho, y que lleva todavia el nombre de *Osculo*.

La casa de Anás es hoy una iglesia armenia, y en el patio que la precede, y que era el mismo de la casa, se ve siempre ardiendo una lámpara en el sitio en que Jesús, al salir del Tribunal, recibió las primeras bofetadas de sus verdugos. La de Caifás, convertida en iglesia griega, conserva á su puerta las tres antiguas palmeras, y en el medio del patio se levanta un naranjo, rodeado de una pared de piedra, que recuerda á los hombres el sitio en que los guardas encendieron fuego para calentarse, y en donde San Pedro negó tres veces á su Señor.

A ciento veinte pasos del arco del Ecce-Homo, que atraviesa la calle que va desde el Santo Sepulcro á la puerta de San Estéban, se ven todavia las ruinas de una antigua iglesia consagrada á Nuestra Señora del Espasmo, en el mismo sitio en que, según San Anselmo, encontró la Virgen á su hijo cargado con la cruz, y cuyo suceso se representa todos los años en nuestras provincias por medio del sermón del *Encuentro*, que se predica el Jueves Santo por la tarde al aire libre.

La Basílica que Constantino edificó para encerrar en ella el Santo Sepulcro fué incendiada en 1807 por los armenios, que no pudiendo obtener permiso para reedificar la arruinada capilla que tenían en ella, creyeron obtener entonces la concesión para reedificar todo el santuario.

A pesar de los esfuerzos que se hicieron para contener el fuego, la llama penetró en las galerías y derribó las columnas corintias que sostenían la nave y la elegante cúpula de madera de cedro, que se desplomaron, lastimando al caer el Santo Sepulcro. La capilla de la Virgen, el altar del improperio, los dos santuarios que edificó Santa Elena, y la fachada de la iglesia, están lo mis-

mo que estaban en tiempo de Godofredo de Bouillon, porque fué lo único que respetó el fuego.

La iglesia del Santo Sepulcro fué reedificada, no por los armenios, sino por los griegos, que encargaron la dirección de la obra á un arquitecto griego llamado Calfa, que la concluyó en 1808, apoderándose ellos entónces del Santo Sepulcro, del Calvario y de la piedra llamada de la *Uncion*.

Viéndose los religiosos latinos reducidos á no poder officiar más que en las capillas de la Virgen y de la Magdalena, se dirigieron al embajador de Francia, y consiguieron al fin el derecho de decir misa en el Santo Sepulcro y el Calvario.

La iglesia tiene su entrada principal al Mediodía, donde los cuatro turcos que se designan con el nombre de los *guardianes* exigen veintitres pesos por la primera vez que se entra en la iglesia, y por cada vez que se repita la visita uno.

Contigua á la iglesia está una capilla, á la que se sube por doce escalones, edificada en el sitio en que la Virgen, San Juan y las santas mujeres lloraban en tanto que clavaban en la cruz al Salvador.

La capilla del Santo Sepulcro es una especie de catafalco de mármol colocado en medio de la nave: su interior está todo cubierto de terciopelo é iluminado por una multitud de lámparas.

Subiendo despues treinta escalones, se llega á la capilla del Calvario, donde arden hácia el Norte treinta y dos lámparas, en el sitio en que Jesús fué clavado en la cruz, y cincuenta al Mediodía, en el sitio en que la sagrada cruz fué plantada.

Ante aquel monumento misterioso, verdadero tabernáculo de la redención del hombre, la naturaleza humana se anonada y tiembla; el orgullo se extingue, los espíritus privilegiados se prosternan en el polvo, convencidos de su miseria, y solo queda un pensamiento que la eleva hácia el Redentor... ¡la adoración!

ROBUSTIANA ARMIÑO.

CONSUMATUM EST!

I.

¡Oh, Dios! ¡qué horrible estruendo!
cubierta está la bóveda azulada
de densos y sangrientos nubarrones,
y rota en cien girones...
¡El mundo á convertirse va en la nada!...

El sol esplendoroso,
astro que vivifica lo creado,
oculta avergonzado
su rubia cabellera presuroso,
y ráfagas de fuego
cruzan unas tras otras velozmente
el ancho espacio, y luego;
el mar se ensoberbece,
la tierra se estremece,
gime natura toda tristemente...
¡Qué es esto? ¡qué acontece?
¡Chocan las piedras sin guardar concierto,
¡Que el Justo de los justos hoy ha muerto!

II.

Ved de la Cruz pendiente
al Hijo de María,
cual cordero inocente
admite el sacrificio, y obediente,
en cruel agonía
espira injustamente,
el que redime al mundo
con su poder divino sin segundo.

III.

¡Do está, decid, la Virgen sin mancilla,
la Madre del amor, la Perla hermosa;
la Paloma sin hiel, Pura avecilla?
¡Do está, decid, la Rosa
de Jericó, la Madre cariñosa!...

Vedla cual un fantasma en la alta cumbre,
llena de mansedumbre,
asida al leño santo
transida de dolor y de quebranto!!

Vedla que acongojada
sus ojos fija en el velado cielo,
con esperanza ansiada;
y vedla que los torna luego al suelo
cual mártir resignada,
y al pobre pecador le dá consuelo;
que Ella es Madre de amor y de dulzura,
la abogada del pobre, su ventura.

IV.

¡Do está la Magdalena,
la esposa de adulterio convencida?
¡Do está la que condena
el mundo por obscena!...

La altiva pecadora, arrepentida,
postrada está de hinojos
vertiendo amargo llanto de sus ojos.

V.

¡Lóbrega oscuridad! zumba irritado
un huracan terrible, despiadado
y todo lo avasalla;
un prolongado trueno cruje, estalla,
de fuego destructor acompañado,
en la elevada sierra
y miedo infunde á la enlutada tierra.
La mar furiosa, loca,
brotando espuma, llena de coraje,
con impetu salvaje
remueve su oleaje
que estrella en ronco son contra la roca;
jime natura en llanto desolado!...
de pronto todo calla, se adormece,
porque en negruzco cielo resplandece
el CONSUMATUM EST tan deseado.
El trono de Luzbel desaparece
en polvo convertido,
y el hombre adquiere al fin el BIEN PERDIDO.

J. F. ABASCAL.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

VIII.

DE CÓMO LLEGAMOS Á MANZANARES.

Ser uno conducido por el ferro-carril en un departamento de primera y si es de noche no sentir deseos de leer, es imposible. A mí me sucedió que al salir de Alcázar, cogí entre mis manos *La Correspondencia*, y me disponía á contar hasta los anuncios... ¡Pero quién puede leer con la luz que hay en los coches de las líneas españolas! Mi amigo Scott, que observaba mis angustias por la falta de luz, me decía:

—No intente V. leer aquí...
—Es inútil, ya lo veo, no hay luz.
—Si viajara V. por mi país, ya leería mejor que de día claro.

—Yo he viajado por Francia, Italia y Portugal, y no he visto más luz que la que se da en este wagon.

—Pues en Inglaterra hace mucho tiempo que en los trenes de la línea-férrea de North Western, ha empezado á usarse un nuevo aparato de alumbrado por gas. Este no se extrae de la hulla, sino del aceite, que contiene más carbono y en igual peso arde más tiempo.

Cada coche ó wagon lleva su depósito en el techo, en el cual el gas está comprimido por medio de bombas, hasta seis atmósferas de presión. Del depósito parte un tubo de cobre que termina en un pequeño regulador. Este consiste en una caja de hierro cerrada por una membrana que comunica por una espiga á una válvula; cuando la última está abierta, el gas entra libremente por el regulador, y cuando el regulador está lleno la membrana se hincha y cierra la válvula. La llama, por este mecanismo, no tiene oscilaciones por el movimiento: sus rayos lumináres son fijos.

Del regulador va el gas á unas lámparas de un mecanismo sencillo. En el tubo hay una llave con la que se pueden apagar todas las luces al mismo tiempo.

—Es muy buen adelanto, sí, señor... ¡Ay!... con él nos harán más cómodas las noches de viaje.

—En mi país se aceptan toda clase de adelantos ántes que en ningún otro pueblo, y á esto del e Inglaterra ser la nación que mejor emplea el gas y el vapor... es decir, el vapor no, que los Estados-Unidos nos llevan mucha delantera.

—¡Pues qué, los Estados-Unidos emplean más fuerza de vapor que Inglaterra?

—Mucha más: el doctor Engel, director del centro estadístico de Prusia, ha demostrado claramente la potencia total de las máquinas de vapor empleadas en el mundo, y aprecia esta potencia en tres millones y medio de caballos de vapor, desarrollados por 150.000 máquinas fijas próximamente.

El número de locomotoras es más considerable todavía, y el doctor Engel cree poder fijarlo en un total de 2.050.000 por lo ménos, representando una potencia de más de 10 millones de caballos de vapor.

Añadiendo á estas cifras la potencia de las máquinas marinas, se puede evaluar próximamente, en 14.400.000 el número total de caballos de vapor que representan todas las máquinas que están en uso en el mundo entero.

Entre los países que emplean mayor número, figura en primer lugar los Estados-Unidos, gracias al inmenso desarrollo de su red de caminos de hierro.

Y diciendo esto Scott, nos dejamos caer en los almohadones reclinando la cabeza sobre la manta que llevábamos recogida, dispuestos á dormir algunas horas. Scott hacia lo mismo: poco despues no sabíamos ya uno de otro... Y así hubiéramos llegado, Dios sabe dónde, á no habernos despertado el ruido que ocasionó la caída de un cajon que venia colocado á lo alto del respaldar de nuestro asiento.

—¡Maldita sombrerera, y lo que pesa! exclamé, cogiendo el cajon para colocarlo mejor.

—No es la sombrerera, amigo mio, decía Scott, es la caja donde guardo la cabeza de Cromwell.

—¡La cabeza de Cromwell nada ménos!... ¡Está V. loco?

—La cabeza de Cromwell: la compré hace un año y siempre la llevo conmigo, hasta que la entregue á mi primo el conde de Kent, Mr. Wilkison, á quien la tengo ofrecida.

—No deja de serme extraño que pueda V. llevar aquí la cabeza de Cromwell; por lo demás, dispense V. mi admiración... y hasta encanto.

—Yo se lo explicaré á V.: la historia de esta reliquia es altamente curiosa. Al verificarse la restauración de Carlos II, el cadáver de Cromwell fué exhumado y decapitado, y su cabeza embalsamada y colocada en una de las puertas de la Torre de Lóndres, donde permaneció durante veinticinco años.

Una noche de tempestad, con la lluvia y el aire, la cabeza vino al suelo y fué recogida por un centinela, que se la llevó á su casa, donde la escondió en un rincón de la chimenea.

Dicen, y de esto no respondo, que cuando el soldado iba á su casa y se encerraba con la cabeza oculta dentro de la chimenea, se entretenía en cantarle, y entablaban diálogos muy animados.

Verbi gratia: —"Hola, caballero Cromwell, ¿qué tal va?

—Bien, ¿y tú? respondía la cabeza.

—Vamos tirando, hasta que pueda vengarme.

El gobierno hizo constantemente diligencias para descubrirla, pero en vano; hasta que poco antes de morir el centinela reveló lo que habia sucedido á su familia, y esta vendió la cabeza á lord Russell, en el condado de Cambridge, pasando esa misma caja en que está todavía á manos de un tal Samuel Russell, el cual, estando algo necesitado, la enseñó públicamente junto al mercado de Clare; James Cor, que poseía entónces un museo célebre, la vió allí y la quiso comprar, pero en vano, pues Russell, aunque pobre, no se quiso deshacer de ella por ningún precio; más tarde, Cor le prestó dinero, y no pudiendo Russell pagar de otra manera, tuvo por fin que cederle la cabeza.

Cuando Cor deshizo su colección vendió la cabeza de Cromwell en 250 libras á tres individuos que en tiempo de la revolución francesa hicieron con ella una exposición en Lóndres, pagándose la entrada á verla á razon de media corona (3 francos 10 céntimos) por persona.

—¡Curiosa historia!

—No he acabado aun: estas tres personas murieron al poco tiempo repentinamente, recayendo la posesión de la cabeza en tres sobrinas del último que murió de los tres. Como á estas jóvenes les repugnaba conservar la cabeza en su casa, pidieron á M. Wilkison, su médico, se encargara de ella, y más tarde se la vendieron.

Durante quince ó veinte años, M. Wilkison la enseñó á mucha gente, y todavía la conservaba su familia, como una reliquia que apreciaba en mucho, hasta que la compré.

Esta cabeza tiene el aspecto del cuero endurecido y desecado. El cráneo está completamente desnudo, gracias á los aficionados, que le fueron cortando mechones de pelo durante el tiempo que la poseyó Samuel Russell.

—Curiosa historia, le repito nuevamente, amigo Scott! Mientras él, cogiendo la caja que estaba á mi lado, la puso cuidadosamente debajo de su asiento. En esto el tren acortaba la rápida velocidad con que habia partido desde Alcázar de San Juan, y momentos despues un hombre gritaba desde el anden el nombre de la estación donde parábamos:

—¡Manzanares, 13 minutos!

Scott, asomando la cabeza por la ventana del wagon, vió mucha gente rodeando á una mujer que hablaba.

—Vamos á ver qué es ello.

—No; yo no quiero bajar; sé muy bien lo que es: son los viajeros de la línea de Andalucía que rodean á la ciega de Manzanares, para oírla recitar versos.



6. Cenefa de aplicacion.

nes y á los nardos; que sabe adivinar el corazon humano por el tacto de sus dedos, por el eco de la voz, por el ruido de las pisadas.

Mister Scott, atónito ante aquel grupo de pasajeros, no quitaba la vista de la ciega, y apenas si me oia. De pronto se volvió hacia mí exclamando:

—Recuerdo sus versos *Ante los muros de Granada*... ¡qué buenos son!

—Son mejores los que hizo á Sevilla.

—No señor; me gustan más los que ella titula *Salve á la Virgen*.

—Son buenos, si señor: Francisca Diaz Carralero, á quien la vulgaridad llama la ciega de Manzanares, es el Homero de nuestros tiempos. Nació ciega como él, pobre como él, y vive de la caridad como él tambien vivió. El ilustre cantor griego, que habia soñado un mundo que apenas lograron conocer sus contemporáneos, corria á las puertas de las posadas y á los caminos, para que el transeunte se apiadase del *cancionero*, como le llamaban en su tiempo, y con la lluvia y la tormenta, con el frio y el calor, el vate improvisaba salutations para todos aquellos que por una moneda de las más insignificantes le pedian versos. El genio siempre ha sido así tratado. Al ser grande, al ser sobrenatural, las vulgaridades le escarnecen, los ricos le escupen, la fortuna le abofetea el rostro. Esa pobre ciega, genio predilecto que celebrarán las generaciones venideras, mírela V., apenas si tiene ropa con qué resguardar su cuerpo del frio tan intenso que hace. Sale del pueblo á cada momento que pasa un tren, y corre á las portezuelas de los wagones implorando la caridad á cambio de unos cuantos versos que apenas si entenderá alguno de esos viajeros que la rodean. Y cuando el tren ha partido se vuelve solitaria á su casa contando entre sus dedos los *ochavos* que le han dado...

—¡Qué triste realidad!

—Sí señor; es una triste realidad.

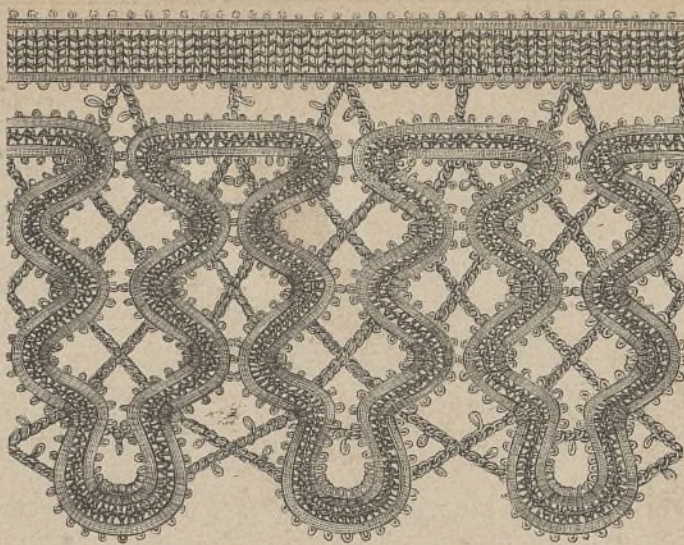
—Déjeme V. bajar... le daré un billete de 500 reales.

—Y estos cinco duros míos.

Y Scott bajaba sin sombrero como un loco del



8. Cuello y corbata bordada (Patron: pliego que acompaña al número del 18 de Marzo, número III, figs. 12 á 14).



7. Cenefa de guipure. (Véase el núm. 5).



11. Zapatilla bordada en piel. (Patron y dibujo: pliego del 18 de Marzo, número VI, fig. 21).



12. Pantalla. (Angulo de la cenefa: pliego del 18, fig. 26).

poetisa. Pero estaba algo distante, y las gentes tampoco le dejaron oír nada. En cambio si el eco de la ciega no llegaba hasta nosotros, los diálogos de los viajeros los oíamos muy bien:

—¡Le han dado 10.000 reales!

—Nó, eran 600 nada más.

—¡Qué contenta se habrá puesto la bigardona!

—Ya tiene para dos dias.

—¡Ese hombre, que está loco... es el del dinero y el billete!

—¡Es Salamanca?

—Nó, que es un *franchute*.

En esto el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott mirándose de hito en hito, me decia:

—El pueblo siempre el mismo, el de aquí como el de Londres, el de Paris como el de Lisboa: es igual.

—Exactamente igual, amigo Scott. Un buen rasgo lo censuran...

—Cuando no lo silban.

—Cuando V. sorteaba al novillo de Tejas, en América, recogía aplausos: ¡ay! debieron haberle censurado, ya que no silbado: ahora que da 600 reales de limosna á una ciega que hace versos, que es un genio, le censuran y le silban, cuando debian aplaudirle... El

sentido comun de las masas tiene eso, amigo Scott... Por lo demás, la Francisca Diaz Carralero es un ángel, que viste, como V. vé, con toscos zapatos, medias azules, vestido de percal ordinario y pañuelo á la cabeza... ¡Si arrastrara coche!... Entonces todos la adularian y sus versos serian los más celebrados. Yo recuerdo un hecho histórico que quiero contar á V., á propósito del asunto que nos ocupa. Vivía en Madrid un calderero poeta, muy poeta, y en su misma época vivia Quevedo y el rey Felipe IV. tambien poeta dramático, pues suyas son todas esas obras firmadas con el pseudónimo de *Por un ingenio de esta corte*. Habia oido hablar Felipe IV de las agudezas del poeta que hacia calderos, y un dia pasando por casa del vate, se acercó al taller, y fijándose en el calderero poeta, le dijo:

—«Dicen que viertes perlas.»

A lo que contestó sin

vacilar el calderero:

«Sí, señor, mas son de cobre; y como las vierte un pobre Nadie se baja á cojerlas.»

Creo, amigo Scott, que aquí el calderero era el poeta, y Felipe IV solamente uno de los muchos parroquianos del menestral.



13. Peinado Livia.

wagon, se hizo paso por entre los viajeros, y pudo llegar hasta donde estaba la ciega.

—Toma, le dijo; este es un billete de á 500, y esta moneda de á 100 reales, y se volvió á su asiento.

Las gentes miraban hacia nuestro wagon, y todos los dedos apuntaban á Scott, que estaba conmovido por lo que acababa de hacer. La ciega se acercó más á nuestro coche, y las gentes con ella tambien. Scott, asomando la cabeza por la ventanilla del wagon, queria oír los versos de la



14. Peinado Susana y fichú para teatro.

—Ciertamente: jamás habria dicho cosa más notable, y su sátira profundísima, su epigrama, dice más que cuanto á V. se le ocurra sobre la pobre ciega de Manzanares... Pero... ahora recuerdo que nada me ha dicho V. de Manzanares...

—Lugar tendré.

—La Diaz Carralero nos ha ocupado buen rato.

—Bien lo merece. ¡Si todos se ocuparan de ella como nosotros!... Pero la vulgaridad... la muchedumbre... ¡qué saben los ignorantes!... Bien que con la po-



16. Cenefa bordada á cadencia.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

17.
(
bor
Ma

SEM

v

la
épo
señ
el a
var
ent
ven
los
I
nisi
ser
ro c
P
I
pre



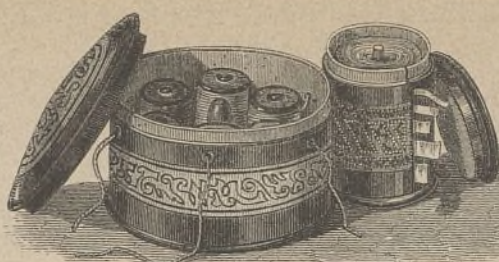
17. Gorro para caballero. (Patron y dibujo del bordado: pliego del 18 de Marzo, núm. V, figs. 18 y 20).

bre ciega todos han obrado mal. Años hace que la reina Isabel se compadeció de ella y la mandó á Granada á que estudiara, comisionando á un escritor notable para que ordenara sus poesías y las publicara. Y la desgraciada ciega tuvo que volverse á pedir limosna á su pueblo, porque si no se muere de hambre en Granada. El dinero que la reina Isabel destinaba para que la poetisa viajara y completara su educacion.... no llegaba á sus manos...

—¡Hombre, esto es curioso!
—Pues sí, curioso ó nó, esto sucedía á la pobre ciega. Pero en fin, basta ya de esto, y hablemos de Manzanares.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.



19. Caja para carretes.



20. Ahuecador de pluma. (Patron: pliego del 18 de Marzo, núm. IV, figs. 16 y 17).

del cristiano, siempre hallaremos en él el símbolo de todas las virtudes, el dispensador de todos los beneficios morales y los inefables consuelos que hacen menos amarga nuestra peregrinacion sobre la tierra.

¡Qué mucho, pues, que hoy al conmemorar la iglesia el sublime misterio de nuestra redencion, acudamos todos á rendir un fervido tributo al Justo de los Justos, y derramemos al pié de los altares lágrimas de arrepentimiento y de ternura?

Cubiertos de negros paños están los templos; negros son nuestros trajes en señal de duelo; ¡ay!



18. Adorno para gorra de mañana.

SEMANA SANTA

VIERNES.

Hoy conmemora la iglesia una de las épocas del año, la más señalada sin duda alguna, el acontecimiento que más ha variado la faz de la humanidad entre tantos y tantos como se han venido sucediendo en el transcurso de los siglos.

La civilizacion moderna, del Cristianismo ha tomado sus bases; el modo de ser de las sociedades de hoy, del siglo primero de nuestra era tomó su existencia.

Porque Cristo trasformó á la sociedad.

La gloriosa revolucion cristiana, hecha con la predicacion y los sufrimientos, con la humildad y la caridad, con la virtud y el ejemplo, fué semilla caída desde lo más culminante del Gólgota, y cuyas raíces imperecederas se arraigaron para siempre en nuestro corazon. Jesús emancipó al esclavo, elevó á la mujer y dió dignidad al hombre.

Él regeneró á la sociedad con solo su palabra y su sangre, llegando hasta modificar lo que menos susceptible parecia de variacion: la guerra, que ya no reviste el carácter bárbaro que un tiempo tenia, haciendo que los hombres que luchan entre sí, por necesidad ó deber, despues del combate se auxilien y protejan, como si fueran hermanos.

Porque ya consideremos á Jesús con el criterio del filósofo, ya le adoremos con la fé sencilla

procuremos que nuestras almas vistan tambien de luto, y correspondan con su dolor sincero y profundo al dolor que experimentó el Dios-hombre al inmolarse por nosotros.

¡Ah! fijemos nuestra imaginacion en aquel momento solemne del que depende el porvenir de la humanidad; representémonos con sus verdaderos colores el cuadro que ofrece aquel cruento sacrificio.

Jesucristo, el Hijo de Dios, el árbitro del Universo, está alzado en ominosa cruz, y rodeado de un pueblo sediento de sangre, y ansioso de unir á los tormentos el escarnio y los insultos.

Héle allí, coronado de espinas, moribundo, abierta la ancha herida de la cual mana su preciosa sangre... Héle allí, fijando los tristes ojos en la Virgen madre dolorosa... en sus discípulos amados.

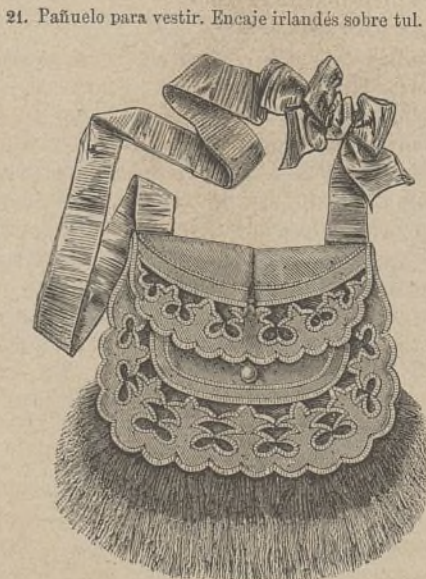
Pocos momentos ántes tenia sed, y el pueblo le dió hiel y vinagre para refrescar sus labios.

¡Ah! Jesús tenia sed de que su martirio fuese comprendido y acibaran su agonía...

Eran las tres de la tarde, y un sol refulgente doraba las crestas de los montes.

“Llama á una legion de ángeles para que acudan á salvarte,” exclaman millares de voces, y Jesús solo tiene alientos para decir:

“Padre, perdónalos, no saben lo que dicen.”



24. Limosnera bordada. (Patron y dibujo para el bordado: pliego del 18 de Marzo, núm. VII, fig. 22).



23. Delantero del peinador núm. 22.

22. Peinador-bata. (Véase el núm. 23).

¿Hay nada tan sublime, nada tan grande como estas palabras pronunciadas por la víctima en favor de sus verdugos?

Jesús sucumbe en medio de dolorosos tormentos, y un manto negro cubre la superficie de la tierra.

Parece como que el mundo necesitaba que hasta la luz que le había alumbrado hasta entonces se renovara; parece como que la Providencia en sus altos designios, necesitaba echar un velo sobre el pasado para cubrir con las tinieblas tanta infamia, tanto crimen como aquellos pueblos habían cometido.

¡Ah! no olvidemos nosotros jamás aquel solemne momento, y lo que debemos al piadoso Salvador de nuestras almas!

Que la memoria del día de hoy sea el iris de paz con que terminen nuestras discordias, nuestros culpables enconos, y al darnos todos un abrazo fraternal, exclamemos como el Mártir del Gólgota.

"Perdonémonos mutuamente, que no hemos sabido lo que hemos hecho."

BERNARDO APARICIO.

UN ELIJAN CONYUGAL.

A MI QUERIDA AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA ÁNGELA GRASSI,

en prueba de admiración y sincero afecto

EL AUTOR.

I.

DOS PRETENDIENTES.

En una fría mañana del mes de Enero, casi al mismo tiempo que daban las once en el reló de Palacio, se paraba una berlina, tirada por dos briosas yeguas de Tarbes, ante una casa de la Plaza de Oriente. Abrióse una de las portezuelas, y saliendo de ella un caballero envuelto en elegante abrigo, entró en el patio, que atravesó sin mirar siquiera al portero; subió ligero la escalera hasta el primer piso y tiró con violencia del botón de la campanilla. Un criado abrió.

—¿Y tu amo?

—Acaba de levantarse.

—Bien, mejor; así llego á tiempo para que me dé de almorzar.

Y sin más preámbulos dejó el abrigo y sombrero en manos del criado, atravesó la antesala y el salón y penetró en un gabinete elegantemente amueblado.

Sentado en una butaca estaba un caballero de la misma edad, poco más ó menos que el visitante, jóvenes ámbos, vestido con un traje completo de levantarse, todo blanco, compuesto de bata de rico paño de Sedan, acolchada y forrada de damasco carmesí, calzon y chupa de lo mismo, y zapatillas y casquete de terciopelo bordado de oro.

—Felices, marqués, dijo el que entraba, sentándose en otra butaca enfrente de él.

—Muy buenos los tengas, Eduardo, contestó el interpelado, dejando los periódicos que estaba leyendo y tendiéndole la mano con familiar abandono. ¿Vendrás á almorzar conmigo, ¿no es verdad?

—No vine precisamente á eso, pero si no has almorzado te acompañaré.

—Pues, lo siento mucho; pero hoy no almuerzo en casa.

—Diantre, ¿con qué estamos convidados?

Así parece, y el convite no deja de ser original, pues procede de persona desconocida. Ahí va la invitación, vé si conoces la letra.

Y el marqués sacó de un bolsillo de su bata un papel y se lo alargó á su amigo. Eduardo lo desdobló y leyó:

"Si el marqués de San Bruno es tan amable que quiere tomarse la molestia de pasarse por el *Hôtel de los Príncipes* y hacerse anunciar en el cuarto núm. 7, encontrará allí almuerzo y un antiguo amigo que desea le honre acompañándole á la mesa."

—No conozco la letra, pero veo que el papel está timbrado con una C. y una F. entrelazadas, cobijadas por condal corona. ¿Has enviado á preguntar?

—Sí, el resultado de mis indagaciones aumenta mi curiosidad, como estoy seguro que despertará la tuya.

—¿También me interesa á mí?

—También. Oye. Apenas recibí la esquila envié á Rupert, mi ayuda de cámara, al *Hôtel de los Príncipes* á que preguntara el nombre del huésped que ocupa el departamento núm. 7, que es verdaderamente un alojamiento de príncipe. Sin duda el caso estaba previsto ya,

pues en el *hótel* nada ha podido averiguar á pesar de su astucia, y ya iba á marcharse, cuando ha llegado uno, al parecer portero de ministerio, preguntando por el señor conde del Soto, para el cual llevaba un pliego. Los camareros de la fonda, que en un principio estaban tan reservados, han exclamado al oír dicho nombre: —Chico, llama al criado del caballero del núm. 7, que aquí traen un pliego del ministerio para su amo.—Con lo que Rupert ha venido volando á decirme que todo lo que ha podido averiguar, y aun accidentalmente como ves, ha sido que el huésped del núm. 7 se llama el conde del Soto. ¿Comprendes ahora si nos interesa el saber quién es ese conde del Soto?

—Tienes razón. La condesa viuda del Soto, la mujer por la cual suspiramos los dos; qué chasco nos llevaríamos si apareciera de improviso el propietario de tan linda mujer, porque ese conde del Soto podría ser el marido en carne y hueso de la joven viuda que hubiera pasado á segundas nupcias, lo cual hace sospechar mucho su misterioso viaje á Asturias, de donde apenas hace quince días ha regresado.

El marqués quedó pensativo un momento, y después dijo:

—No sé, Eduardo, no sé; pero me parece no estás en lo cierto, y además tu deducción es completamente infundada. ¿Cómo podría atreverse, dado caso que la condesa se hubiese casado misteriosamente como tú supones, á permitir que su esposo se titulara conde del Soto, cuando ese título no es suyo si no de su primer esposo, al cual ningún derecho tiene ella, y por eso, sin duda, empieza á hacerse llamar, y en sus tarjetas se pone la marquesa del Lirio, que es su título propio.

—Veo que discurre mejor que yo. Tu argumento no tiene réplica. Decididamente nuestra bella Margarita es aún libre. Solo nos falta averiguar, por curiosidad simplemente, quién es ese conde del Soto que se hospeda en el *Hôtel de los Príncipes*, que te convida á almorzar á título de antiguo amigo. Todo eso lo podré saber hoy mismo, pues de aquí me voy á ir al ministerio de Estado, donde tengo libre entrada, gracias á mi categoría de secretario de embajada, aunque cesante, y allí me dirán todo lo que nos conviene saber. Pero, ¿te parece aborremos nuestra cuestión y estipulemos nuestro tratado de alianza?

—No tengo ningún inconveniente. Puedes hablar.

—Es particular lo que en nosotros sucede, y á pesar de ser amigos, nuestra posición es tan delicada, que temo por nuestra amistad. Como que somos rivales, aunque ninguno de los dos sea preferido. ¿No te parece singular nuestra posición?

—No veo en ella nada de extraño. ¿Que somos rivales! Tanto peor, los derechos de la amistad tienen que sucumbir á las exigencias del amor.

—Precisamente eso es lo que yo quiero evitar; no quiero por una mujer perder un amigo.

—¿Y quién te dice que pierdas el amigo?

—No comprendo....

—¿Y eres diplomático!...

—Te aseguro que no atino la solución.

—Pues es muy sencillo. Nos jugaremos á la condesa á primera sangre.

—¿Cáspita! entonces ya es tuya, porque tiras mejor que yo. No me parece bien eso, pues tras de quedarme sin condesa, me puede costar un mes de cama.

—Tengo aun otra solución.

—Veamos.

—Encárgate tú de hacerle mi declaración, y yo me comprometo de hacerla la tuya.

—No me parece eso tan mal.

—Atiende mi raciocinio, y verás en qué me fundo. La condesa del Soto es aun muy joven, pero es viuda, lo cual le supone alguna experiencia. Casada con un anciano, ha tenido ocasión de estudiar á los hombres, de conocer sus aspiraciones, y de apreciar la realidad de sus sentimientos. La condesa, rica como es, tanto por su familia como por los considerables bienes que habrá heredado de su esposo, si pasa á segundas nupcias consultará la cabeza antes que el corazón, porque ella no puede dejarse arrastrar por los trasportes de una pasión vehemente, si el que la ama no tiene posición y nombre como nosotros. Los dos somos ricos y bien nacidos; ámbos podemos figurar en la lista de candidatos. El triunfo estriba solo en la manera de conducir la cuestión.

—Perfectísimamente, marqués; veo que sin ser diplomático eres fecundo en recursos, y tu lógica es irrefutable. Nosotros convenimos á la condesa, pero la condesa nos conviene más á nosotros, particularmente á mí.

—De modo que aceptas tu parte.

—Con el mayor placer. Trataré el negocio con verdadera diplomacia; desplegaré toda mi elocuencia; haré el cuadro más seductor de tu fortuna, de tu familia, de tu

nobleza, de tu persona y de tus méritos; elevaré á las nubes la amabilidad de tu carácter, tu talento, tu inalterable dulzura; en fin, atacaré á la condesa por todos lados, lisonjeando su amor propio, describiéndola un porvenir de lujo y de placeres, y concluiré finalmente, si antes no se ha rendido, por pedirle su mano para tí.

—Pues yo le pintaré tu sagacidad, tu mucho valer en la carrera que sigues, que á los veintinueve años te ha elevado hasta secretario de embajada; le hablaré de tus rasgos de ingenio; y, finalmente, para hacerte más interesante á sus ojos, le diré que sufres, que padeces, que estás siempre triste, y casi atacado de hipocondría, porque amas sin esperanza de ser correspondido; que tengo que vigilarte mucho, porque temo que en un momento de desesperación te saltes la tapa de los sesos, y concluiré por revelarle, con la mayor reserva, se entiende, que ella es la causa de tus dolores, y quizá de tu muerte, proponiéndole ponga fin á tus cuitas, concediéndote su blanca mano, que yo le pediré para tí. ¿Qué te parece?

—Magnífico, admirable, original como todo lo tuyo. Marqués, dedícate á la diplomacia, vas á hacer carrera.

—Déjate de tonterías.

—¿Cómo que me deje de tonterías? ¿Sabes tú que si cualquiera de nosotros llega á ser el feliz esposo de la bella condesa por mediación del otro, tan luego se esparzan por Madrid los detalles de la boda, vamos á hacer furor, seremos dos héroes épicos del día, á cuyo lado palidecerá la constelación de Castor y Polux? Vamos, marqués, veo que aun te falta algo para ser buen diplomático. Tienes inventiva, pero aun te falta cálculo para prever los resultados y aprovecharlos favorablemente.

—Eduardo, estás ya pesado con tus humos diplomáticos. ¿Has olvidado que no almuerzo en casa, y que tú te has ofrecido á averiguar quién es ese conde del Soto que me ha convidado?

—No, y me voy enseguida.

—Adios, y no olvides que esta noche recibe la condesa.

—No lo olvido, pues; esta noche misma pienso empezar los trabajos. Adios.

Eduardo estrechó cordialmente la mano al marqués, y salió tarareando un aria de la *Semirámis*.

El marqués llamó á su ayuda de cámara, y se entregó en sus manos para que le afeitara, rizará el pelo y acicalara, pues tenía que salir enseguida. Interin le dejamos ocupado en su *toilette*, presentaremos al lector en debida forma á los dos personajes que hemos hecho figurar en este capítulo.

II.

EXPLICACIONES.

El marqués de San Bruno era un joven muy apreciado en la alta sociedad de Madrid, tanto por la nobleza de su cuna, por las buenas rentas que disfrutaba, como por la amabilidad de su carácter. Generoso y espléndido, el marqués acandillaba cierto número de jóvenes de familias distinguidas; pero que, como él, no tenían una renta de cuarenta mil duros para gastar. Huérfano de padres, el marqués había quedado muy joven bajo la tutela de su tío paterno el general Ramirez, el que á un cariño entrañable, reunía para con su sobrino, la rigidez de un veterano, que por nada ni por nadie falta á la disciplina. El general quería mucho á su sobrino, pero también había sido severo con él, condenando sus fútiles extravíos, é inculcándole al propio tiempo las más altas nociones del pundonor y caballerosidad que debe distinguirse á los que han nacido en noble cuna. Merced á ese rigorismo, el marqués había llegado á ser mayor de edad dando repetidas pruebas de haber aprovechado la educación y los consejos que su tío le había dado. En todas partes que se le citaba, era para elogiarle, y gracias á su talento y discreción, era presentado como tipo de distinción y nobleza en el Casino y en cuantos círculos frecuentaba. Verdad es que tan lisonjeras demostraciones tenían su razón de ser, pues el marqués, con notable esplendor, alimentaba cierto número de parásitos de buen tono, que recompensaban á su anfitrión, colmándole de elogios. Nada más lógico que la gratitud de estómagos bien nutridos, como hoy se dice.

Frisaba el marqués en los treinta años, y apesar de las continuadas instancias del general, aun no había pensado formalmente en casarse. Sus amores y sus devaneos habían sido todos amores de joven, sin consecuencias, amores de esos que pueden llamarse de lujo, porque halagan la vanidad, llevan el amor propio sin interesar el corazón. No supo el marqués lo que era amar hasta que conoció á la condesa viuda del Soto, hermosísima mujer que contaba poco más de cinco lustros de edad, y unos dos años de viuda. La condesa era lo que se llama con propiedad una perla, y tanto por su belleza como por su

brillante posición, era el ídolo ante el cual doblaban la rodilla todos los que pensaban en hacer un buen negocio casándose. El marqués no era de ese número, pero amaba á la condesa, porque era imposible verla y tratarla sin sentirse fascinado por una hermosura espléndida y por un talento y una gracia sin igual.

Entre el número de jóvenes que el marqués acaudillaba, se contaba Eduardo Sandoval, hijo segundo de una familia noble, pero de escasos bienes de fortuna. Eduardo, protegido por un pariente suyo que había sido embajador en varias cortes, entró muy joven en la carrera diplomática, para encontrarse á los veintinueve años con la categoría de secretario de embajada; aunque cesante, pues, la muerte de su pariente le había hecho caer en el panteón del olvido. Sus muchas y buenas relaciones, su amistad íntima con el marqués, y la parte de herencia que le correspondió á la muerte de su protector y pariente, viejo célibe que dejó todos sus bienes á la familia de Eduardo, colocaron á este en posición desahogada para figurar entre los de su clase. Eduardo no era, ni de mucho, tan rico como el marqués; contaría escasamente con unos cuatro mil duros de renta, pero para un joven soltero, y que además suplía sus gastos con el bolsillo del marqués en cuantas ocasiones podía; su posición era la de un creso. A la sombra de un protector como su amigo, y con la atmósfera de sus riquezas que él dejaba que se creara porque le convenía, Eduardo, como otro de tantos, esperaba hacer un buen negocio casándose con una mujer que le tragara los millones que él no tenía. La condesa viuda del Soto fué también su objetivo, y á ella dirigió todos sus diplomáticos trabajos, para conquistar aquella codiciada beldad y los tesoros que con su mano aportaría al matrimonio. Mas cuando Eduardo se apercebía de que el marqués suspiraba como él por la condesa, sintió que su esperanza se desvanecía, pues una lucha semejante era desventajosa. Por eso andaba desalado con el fin de arreglar un tratado de alianza, como él decía, para obviar la contingencia de no perder la amistad del marqués y quedarse sin la mano de la condesa. Cuando tuvo seguridad de que su amigo aceptaba su pensamiento, y se comprometía á trabajar en su favor, porque él sabía que el marqués cumpliría lo que había ofrecido, sintió desahogarse su pecho de un gran peso.

Verdaderamente que su porvenir no se presentaba mal, y solo le ponía un tanto cabiloso el nuevo incidente que había surgido en aquella gran negociación, que á fuer de buen diplomático quería dirigir con ese tacto que presumen todos los que se dedican á esa carrera; pero que desgraciadamente vemos es tan ineficaz, que casi todas las graves cuestiones encargadas á la diplomacia que en política pretenden ser los amigables componedores, suelen terminar á cañonazos, y por consiguiente con deplorables pérdidas para ambas partes contendientes.

Mientras Eduardo, cumpliendo lo convenido, corría al Ministerio de Estado para averiguar quién fuera el personaje misterioso que se titulaba conde del Soto, y se hospedaba en el hotel de los Príncipes, el landó del marqués conducía á su dueño al punto de la cita, que no había podido menos de preocuparle algún tanto, dadas las noticias que sobre ella había podido conseguir.

(Se continuará).

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

BIBLIOGRAFÍA.

ESPAÑA POR D. ALFONSO.

POESÍAS

POR D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

«¡Divinos oráculos, esperamos el fallo de vuestra sabiduría! ¡Tiembo y me estremezco ante la incertidumbre del destino que nos habeis deparado ¡oh! Dios terrible, venido de Delfos á Tebas, encargado de misteriosos decretos! ¡Aquí se os adora también ¡oh! divino consolador de reyes y pueblos! ¡Se presta oídos á vuestros fallos, oráculo elocuente, hijo inmortal de la esperanza! ¡Aceptad del mismo modo nuestros votos é invocaciones ¡oh! Minerva, amable hija de Júpiter, ¡oh! Diana, sentada como reina en medio de nuestra ciudad suplicante, y tu, Apolo, vencedor de la serpiente! ¡Divinidades propicias á los mortales, mostraos sensibles á tantas desgracias! ¡Ay, nuestros males son innumerables! ¡Mirad á un pueblo entero descender lentamente á la tumba; no hay esperanza ni salud para nosotros! ¡Hasta la misma tierra implacable nos rehúsa sus acostumbrados dones; el parto

de la madre anuncia una doble muerte; en las orillas de su espantosa Stigia, Plutón no puede ya contar las almas que le envía la cólera celeste. ¡Salvados, dioses inmortales; recoged el azote que nos diezma, más terrible y más cruel que el dios Marte, exterminador de las naciones! ¡Oh, miseria! ¡Y lo que hoy sobrevive mañana no existirá! ¡Yo te invoco, por último, Dios de los reyes! ¡Y tú, Baco, el tebano, jefe de las menades, adornado con una mitra de oro!»

Cuando Sófocles compuso este sublime, al par que terrible coro del *Edipo*, ageno estaba, por cierto, que andando el tiempo, aquella situación presentada tan magistralmente por el gran trágico de la antigüedad, tendría un eco doloroso en los poetas de mi patria; que á los gritos desgarradores del águila griega responderían los moribundos acentos de la alondra ibérica, que las lágrimas, acentos desgarradores y crueles tormentos divinizados por aquellos sublimes cantores de las desgracias de un pueblo, serían pálidas quejas ante las desgracias y miserias de nuestra época desventurada.

Hoy á donde quiera que volvemos nuestros ojos en busca de consuelo, no encontramos más que sufrimientos; la duda del porvenir perturba el ánimo más esforzado, domina el corazón, embrutece el pensamiento, enmudece las conciencias. El temor ha hecho palidecer las frentes de los valerosos que aun abrigaban fé suficiente para luchar, y apenas el arte que se respeta lanza un gemido alguna vez, ahogado como se halla por tantos sublimes comediantes como nos rodean, embriagados por las fascinaciones furibundas de su propia elocuencia.

Entre las escasísimas obras que nuestros vates se han aventurado á publicar en estos días, se halla una de don José Lamarque de Novoa, dada á la estampa en las prensas de Sevilla, y que honra por todo extremo á la tipografía andaluza.

Titúlase esta: *España por D. Alfonso*.

A nueve ascienden las composiciones que avaloran este elegante y precioso volumen que tenemos á la vista, escritas en variedad de metros, y de una riqueza y galanura en su concepción y desarrollo, que bastarían por sí solas, si ya no lo fuera anteriormente, para colocar á su autor á la altura envidiable y en el puesto que, como poeta goza el Sr. Lamarque en la república literaria.

En las seis primeras, ó sean en *Ecos de la patria*, *Al mar*, *España en 1871*, *Al Océano*, *En la proclamación de la República federal*, *El dos de Mayo* y *Ecos de la guerra civil*, el autor, como no podía menos suceder, recuerda los estragos y la vergüenza que la más infecunda de nuestras revueltas han aportado al suelo pátrio.

El paralelo que establece entre nuestro valimiento y antigua grandeza, con nuestra actual pequeñez y hechos miserables, es notabilísimo por la belleza de las imágenes que entraña y la severa entonación de sus castizos versos.

El poeta adivinaba, pues todos los trabajos que hemos citado llevan la fecha anterior al año de 1874, lo que la tempestad de 1868 ocultaba en su seno; los amarguísimos frutos que habían de dar de sí, tanta ingratitud, tantas especulaciones bellas y sonoras hasta la petulancia.

Comprendía, quizás intuitivamente, á qué peligros nos conducían tanto inocente regenerador como surgía á cada momento de entre la muchedumbre, con el frasco de elixir que había de curar los males pasados, cicatrizar las llagas presentes, y asegurar, por último, nuestras conquistas para lo porvenir.

¡Si por acaso se hubieran dado por contentos con cubrir de fango y de insultos nuestros pasados errores, y abrir, en efecto, una nueva vía de paz y ventura! Pero era muy otro su ideal. Y como no puede sostenerse el furor contra las coronas de este mundo por mucho tiempo, y romper todos los días un cetro, desgarrar y pisotear púrpuras y doseles, destruir flores de lis sin mancha del menor pecado y tantos mil otros *chirimboles*, como ha dicho con más gracia que razón un escritor de nuestra época, con esa rabia sorda y reconcentrada, con la íntima violencia y el odio oculto que arrastra en pos todo espíritu levantisco y limitado, raquíptico é infecundo, cayeron al fin en la cuenta de que era preciso destruir el derecho y el deber para construir la famosísima ciudad paradisiaca, repleta de falansterios y elíseos terrestres, y en los que al par de las bienaventuranzas y felicidad suprema, correrían sin agotarse jamás los arroyos de leche y miel por oasis de una primavera eterna.

En las tres últimas composiciones, *En la proclamación de S. M. el rey D. Alfonso XII*, *Pasado y porvenir* y *España por D. Alfonso*, el poeta saluda con efusión la vuelta á nuestra patria de la dinastía legítima, esperando con ella nueva aurora de sosiego y días más dichosos que los transcurridos en ese período de interinidad, que la historia registrará con sangre y estrago de sus propios hijos.

¡Dios haga que se cumplan los deseos del Sr. Lamarque de Novoa! ¡Dios quiera que nuestros hijos aprendan en tan dura lección á ser más cautos para lo venidero, y á desechas con aliento vigoroso léjos de sí el odio y el desprecio que los descontentos é ingratos de este mundo llevan á todo lo grande y levantado, olvidando esos revolucionarios de la novísima escuela que hoy priva, que su padre fué un honrado y pacífico ciudadano casado con una fiel y económica mujer, su madre, y que para educar esas miniaturas de Robespierre, vivió de angustias y privaciones.

Cuando se principia á odiar lo que está más alto que nosotros, se concluye por aborrecer lo que nos rodea. Los que no tienen tronos que romper, dirigen sus manos violentas á su propia cuna, como si fuera preciso que rompieran alguna cosa, y el que en sus primeros años era bueno, se transforma en un malvado, por su perseverancia misma, y cuanto más aislado se encuentra en sus tentativas abortadas, más detesta los obstáculos que se oponen al ejercicio inmediato de sus injusticias y rencores. ¿Qué se puede esperar de esta violenta situación? Que la juventud desaparezca sin haber producido una flor, y llegue la edad madura sin haber dado sano fruto; más tarde esta alma pervertida y no perversa se cambia en hiel, en impotente violencia, en muda cólera; llegase á comprender, por último, la vanidad de esta vida errante; se ve el vacío en derredor y que nada nos pertenece; que hemos aspirado á ser un centro, y se contempla solo nuestra nada, que ni aun somos un punto imperceptible de la circunferencia inmensa; que todo lo que tocamos se deshace y muere, y hasta nuestra misma desgracia, que es grande, y que merecía las simpatías de todos los demás, aparece á los indiferentes en tan mezquinas proporciones que apenas si es digna de fijar las miradas del más desocupado y aburrido de los mortales.

Poeta, y poeta concienzudo, el Sr. Lamarque ha luchado en su obra por el triunfo de la verdad contra el error, de la civilización contra la barbarie. En los notables versos que la engalanan véase siempre la incesante lucha del bien y del mal, del espíritu y la materia, lucha á la que ha dedicado más de una brillante página de su *España por D. Alfonso*, razón por la que se ha hecho acreedor á la estimación de todos los amantes de lo bueno y de lo bello. ¿Qué mayor premio podría alcanzar más grato de sus contemporáneos?

Para terminar diremos á nuestros lectores que el autor ha dedicado el volumen al Ilmo Sr. D. José Fernandez Espino, una de las mayores y más legítimas reputaciones con que cuenta nuestro profesorado, cuyo nombre registra con orgullo la historia literaria española, y al que desde este sitio dedica el autor de estas líneas un recuerdo de respetuoso cariño y gratitud.

VICENTE CUENCA.

Más soluciones á la charada inserta en el número 9 de EL CORREO correspondiente al 2 de Marzo, por la señorita Doña Mariana de Rada Diaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; Doña Eulalia Casas, de Madrid; Doña Segunda Torres, de Zaragoza; Doña Uladimira Santos Valcárcel, de Palencia; Doña Sebastiana Goicera, de Sevilla, y Doña Pascuala Amorós, de Santiago.

Soluciones á la charada inserta en el número 11 de EL CORREO correspondiente al 18 de Marzo, por las señoritas Doña Adelina Sanchez Vento, de Toledo; Doña Rosa Quirós, de Madrid; Doña Baltasara Asensi, de Puerto Real, y D. Fulgencio Gomez Pinto, de Madrid.

PEREGRIL.

CONOCIMIENTOS UTILES.

Se acerca la primavera, y con ella la época en que muchas de mis bellas lectoras abandonarán la ciudad para ir a pasar algunos meses en el campo, donde los muebles de una casa deben guardar armonía con la sencillez de la naturaleza, y por lo tanto voy a revelarlas algunos procedimientos que quizás les sean de suma utilidad.

Supongamos que deseen tener una *etageré* ó un pie para sostener un vaso de flores ó una estatua, y que este objeto deba colocarse en una antecámara ó en un pabellón rústico, de modo que no valga la pena de gastarmucho en él. En ese caso, se manda hacer de madera ordinaria y se le transforma en un mueble rico y elegante de este modo.

Si se quiere darle el aspecto de la caoba, se le frota con ácido nítrico diluido en agua, luego se toma un pincel y se le dan dos capas sucesivas con la preparación siguiente: Sangre de drago, 25 gramos. Carbonato de sosa, 7 1/2 gramos. Alcohol, medio litro.

Cuando la segunda capa esté completamente seca, se le da por encima con esta nueva preparación: Alcohol, medio litro, en el que se ha hecho disolver primero 25 gramos de laca plata, y luego 4 gramos de carbonato de sosa.

Se deja secar otra vez, y se pule con piedra pomez y un pedazo de madera de haya mojado en aceite de lino.

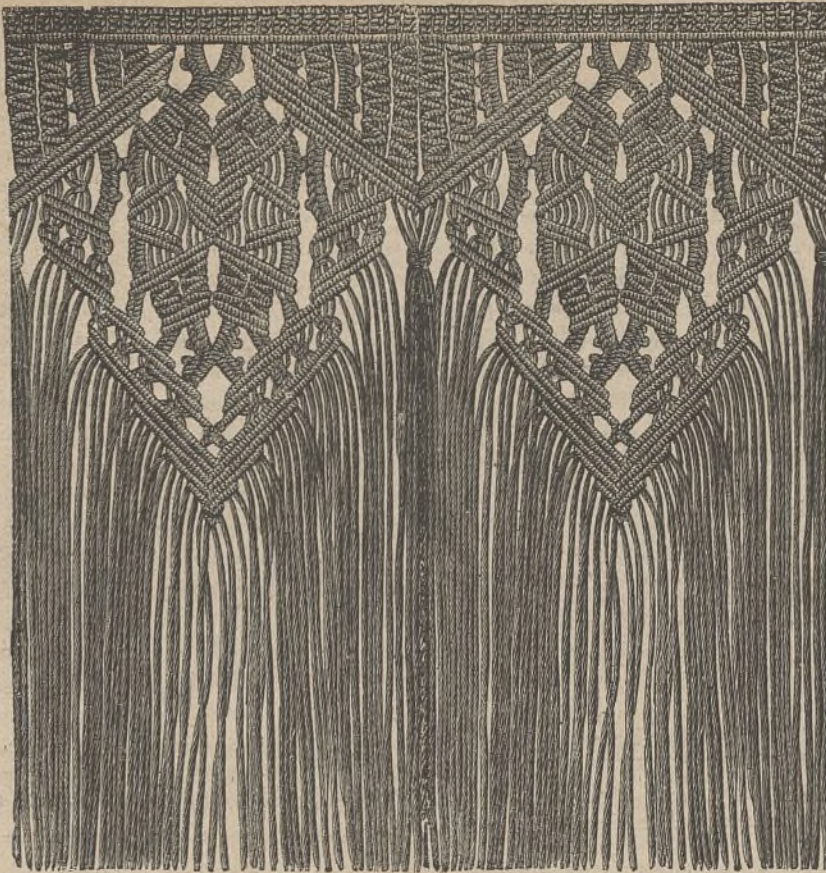
Si en vez de caoba se quiere imitar el nogal ó cualquiera otra madera oscura, se hace disolver en agua tibia, hasta que esta se halle completamente saturada, *camaleon mineral* (hipermanganato de potasa), y con el pincel se va extendiendo esta disolución sobre el mueble, dándole tantas capas como sean necesarias para que obtenga el color que se desea. Según la madera y las dimensiones del mueble, este trabajo queda en cinco minutos terminado. Cuando está seco el tinte, se lava el mueble con mucha agua, y se le pule del mismo modo que se ha indicado para la imitación de la caoba.

Hay que advertir que no todas las maderas se prestan del mismo modo a transformarse. El cerezo y el peral se tiñen muy pronto, la madera blanca exige más tiempo, y el abeto tarda mucho por ser muy resinoso.

**



25. Corbata con fleco. (Véase el núm. 26).



26. Fleco para corbatas y abrigos. (Véase el núm. 27).



31. Fleco para el pouf núm. 30.



23. Pouf bordado de tapicería. (Véase el núm. 29).

Hace mucho tiempo que se conocen las propiedades del espectro solar, pero de poco tiempo a esta parte se ha descubierto que las plantas crecen rápidamente en invernaderos contruidos con vidrios de color azul ó violeta; obteniéndose dobles y triples frutos cuando las plantas están así protegidas. Este experimento ha sido llevado aun más adelante, pues varios químicos ingleses sostienen que las habitaciones con ventanas de cristales de color de violeta, ó por lo menos con cortinas de dicho color, hacen que los que la habitan estén gordos y robustos.

EXPLICACION

DEL FIGURIN 1163.

SOMBREROS Y PEINADOS.

FIG. 1.ª—Peinado para baile.—Este elegante pei-

■ Azul oscuro. ■ Azul más claro. ■ Azul claro.

29. Dibujo de tapicería para el pouf núm. 28.

Madera oscura. Madera claro.

nado puede tambien hacerse con el cabello natural, y se compone de cocas, rulos y bucles. Una pluma de marabú blanca y una camelia color de rosa adornan la parte de delante, mientras otra camelia blanca á medio abrir está colocada entre el cabello, un poco de costado. Collar de perlas.

FIG. 2.ª—Amapola con folloje, para adornar el peinado.



FIG. 3.ª—Peinado para baile.—Se compone, como el de la fig. 1.ª, de cocas, rulos y bucles, siendo su adorno tambien de plumas y flores. Collar Luis XV de terciopelo negro, en medio de una ruche de encaje blanco.

FIG. 4.ª—Sombrero de primavera.—Por dentro lleva una preciosa guirnalda de flores, por fuera una pluma de avestruz, que circuye la copa.

FIG. 5.ª—Sombrero para vestir.—Es de gros-grain y gasa blanca, con alas de cuervo puestas en medio del lazo. Le adorna por dentro un retorcido de terciopelo con flores de granado.

FIG. 6.ª—Prendido para sociedad.—Consiste en cintas de terciopelo azul, plumas blancas y perlas.

FIG. 7.ª—Lazo para el cabello ó la corbata, de blonda blanca y cintas rosa y negro.

LA GUIRNALDA.

FÁBRICA DE CORSÉS.

M^{ma}. Grand, deseando dar más ensanche á su comercio, ha abierto un nuevo establecimiento en la calle de Espoz y Mina, núm. 11, á donde podrán dirigírsela los pedidos.

**

PELUQUERÍA Y PERFUMERIA UNIVERSAL.

PLAZUELA DE SANTA ANA, NÚM 15, TRES TIENDAS.

En este acreditado establecimiento acaba de recibirse de Paris un magnífico surtido, tanto en perfumería como en peinados de todas clases y de un trabajo inmejorable.

Los pedidos deben dirigirse á *La Catalana*, la cual contestará á cuantas preguntas se le hagan, deseosa así de corresponder al favor que la dispensa el público.

**

OBRAS

DE

D.^a ÁNGELA GRASSI.

El Bálsamo de las penas, no-



30. Pouf bordado y adornado de fleco. (Véase el núm. 31).

vela de costumbres, un tomo en cuarto, de 288 págs. 4 rs.

Los que no siembran no cogen, un tomo de 222 páginas, 4 rs.

Ambas novelas se hallan de venta en esta Administración, pudiéndose enviar su importe en libranza ó sellos de correos.

AGUA NACARADA

DE

ORTELLS.

La célebre agua nacarada Ortells, para hermoear el rostro, que tanto han elogiado los periódicos e modas, sigue vendiéndose en Madrid, en el depósito general, peluquería de Ortells, Montera, 21, y en las principales provincias, al precio de 8 y 10 rs. frasco.

Se remiten prospectos.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.